

HOMENAJE POSTUMO AL DR. FERNANDO OCARANZA

III

EL DR. OCARANZA, HISTORIADOR*

DR. Y LIC. MANUEL CARRERA STAMPA

EN UN ÁNGULO de la apacible y poco transitada Plaza de Carlos Pacheco, se levanta en el No. 21, el palacio barroco de la Academia Mexicana de la Historia. Si es que el vulgo apenas sabe algo de su existencia, de sus componentes y actividades, en cambio, entre las academias y sociedades artísticas, científicas, históricas y literarias del país, goza de un sólido y envidiable prestigio que ha ido acrecentándose en los últimos veinte años debido a la calidad intelectual y moral de las personas que la integran y a su proyección en las mentes de las generaciones que la rodean.

La Academia Mexicana de la Historia es correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid, fundada por el Rey Felipe V en el año de 1738. Fueron sus primeros corresponsales los próceres historiadores: Alamán, García Icazbalceta, Ramírez, Orozco y Berra, Arango y Escandón y Vigil. Esto ocurría a mediados del siglo pasado.

A partir de entonces, los dieciocho puestos o "sillones", como simbólica y tradicionalmente se dice, han aumentado a veinticuatro y han sido ocupados, en general, por los historiadores más sobresalientes que han venido floreciendo generación tras generación. El Dr. Don Fernando Ocaranza Carmona contose entre ellos a partir del 27 de febrero de 1950 y ocupó el sillón N° 6, que había pertenecido al leído y combatido jesuita Dr. Don Mariano Cuevas.

HISTORIADOR E INVESTIGADOR

La tarea que como investigador de nuestra historia se impuso el Dr. Ocaranza abarca tres aspectos diferentes que no hay que perder de vista. Son ellos: el

* Palabras pronunciadas por su autor en la sesión del día 19 de mayo de 1965.

de recopilador de testimonios históricos, el de historiador propiamente hablando y el de divulgador de lo acopiado. En este tríptico de actividades descansa su labor.

Como todo investigador fue un celoso guardián y administrador de las horas de su cotidiano vivir, reservado en buena medida al trabajo histórico por realizar, de suerte que no le vemos dedicar un tiempo precioso a la cátedra de la historia ni a actividades conexas como son conferencias y symposia. Excepcionalmente participó en estas últimas actividades como Presidente del IV Congreso Mexicano de Historia reunido en la ciudad de Morelia el año de 1914 y en él tuvo una actuación distinguidísima por la forma como presidía las asambleas y las dirigía, logrando que las acaloradas discusiones no degenerasen en alharaca, sino encauzándolas hacia resoluciones concretas para aceptarse o rechazarse en la Sesión Plenaria del Congreso, y más que nada, por actitudes y sus desplantes de gran virilidad en las que dejaba oír su pensamiento limpio sin ambages ni retorcimientos.

Esta actitud era la que nos impresionaba a los entonces jóvenes que asistíamos a dicho Congreso, iniciándonos en las difíciles y laboriosas tareas historiográficas. Y esta misma actitud viril, sobria y ponderada la hubimos de constatar en numerosas ocasiones, ya dentro del seno de la Academia Mexicana de la Historia, en la que he tenido el honor de ser su colega, al lado de otros prominentes historiadores que la integran, algunos de los cuales se encuentran presentes entre el respetable auditorio que esta noche nos escucha.

En cambio, pasó largas horas durante años enteros en la fatigosa busca de testimonios históricos importantes y desconocidos, particularmente en el Archivo General de la Nación y en el Gabinete de Manuscritos de la Biblioteca Nacional. ¡Cuán grata sorpresa al encontrar en un viejo legajo de papeles del ramo de las Provincias Internas del Norte, una hojita impresa de su recetario de médico conteniendo algunas notas!

En el *maremágnum* de papeles, expedientes y legajos, que a veces sin concierto o clasificación alguna, había qué revisar y estudiar, dejaba el Dr. Ocaranza esas hojitas impresas de su recetario —según pude percatarme— señalando los documentos que ordenaba más tarde se transcribieran mecanográficamente.

Consecuente con lo que hace un siglo aconsejaba el sabio historiador Joaquín García Icazbalceta, que era tarea imprescindible dar a la estampa viejos papeles, crónicas y relaciones, sacándolos del olvido para conocer mejor nuestro pasado, el Dr. Ocaranza logró reunir y publicar en dos volúmenes en el año de 1937 una importante colección de documentos bajo el título de *Crónicas y Relaciones del Occidente de México*; otra en 1939, *Crónica de las Provincias Internas de Nueva España*, y otra más en 1942, *Parva Crónica de la Sierra Madre y Primerías*, indispensables para el conocimiento de esas vastas e importantísimas regiones del país, pues si todo lo que se refiere a las primeras entradas de los

conquistadores a nuestro territorio y a la organización virreinal en el centro y sur de México es ya muy conocido y ha sido motivo de muchos trabajos de exploración y crítica, quedan todavía grandes materiales sin investigar por lo que al occidente, noroeste, norte y oriente se refiere. Las crónicas y relaciones que se conocen son pocas si se comparan con el material pertinente del Altiplano y del Sur de que contamos. Se sabe de la existencia de preciosos manuscritos de gran interés para la Historia de tan vastas zonas, existentes principalmente en el Archivo General de la Nación, el Gabinete de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, el Archivo Histórico del Instituto Nacional de Antropología e Historia; en el Archivo General de Indias de Sevilla, en el British Museum de Londres, en las bibliotecas norteamericanas de las universidades de Austin, Texas; Albuquerque, Nuevo México; Berkeley, California y en la Newberry Library de Chicago, pero estos han venido quedando, en su gran masa, inéditos y sin comentarios.

Por eso las colecciones de documentos que el Dr. Ocaranza reunió en las obras mencionadas con antelación, vinieron a aumentar el conocimiento de esas áreas del país, a revelar, aclarar y a establecer muchos hechos y personas que permanecían ignorados. Así, escogiendo algunos ejemplos, recoge noticias sobre pesquerías de perlas del siglo XVI; la fundación de Mazatlán, que varias veces se ha situado a principios del siglo XIX, los documentos hablados la fijan en 1576; muchos datos sobre la Baja California, Sinaloa, Sonora, Nuevo León, Coahuila, Texas y su población indígena; el estado de la agricultura y el comercio; la organización eclesiástica y la militar, el modo de administrar la justicia y nutrida información sobre misiones y presidios, no registrados antes por los tradicionales cronistas Pérez de Rivas, Venegas y los frailes jesuitas Kino, Baegert, Pfefferkorn y Clavijero por lo que se refiere al noroeste; por los cronistas Obregón, Villagrà, León de Guevara y Espinosa, o por las expediciones de reconocimiento eclesiásticas o militares de Tamarón y Romeral, Rivera, Lafora, Bonilla, O'Connor y Morfi en lo relativo al norte y noreste de nuestro territorio.

En la difícil tarea de historiar dejó el Dr. Ocaranza importantes trabajos, tales: *El Imperial Colegio de la Santa Cruz de Santiago Tlaltelolco*, publicado en 1934.

Es la historia del primer colegio de instrucción superior establecido en México, fundado en 1536 y destinado no a los hijos de los españoles sino a los del pueblo vencido y en el que sobresalieron por sus notorias dotes pedagógicas los frailes Arnaldo de Basacio, Andrés de Olmos, Bernardino de Sahagún, Juan de Gaona y Juan de Torquemada, constructor éste último, del Templo de Santiago, que podéis admirar en la Plaza de las Tres Culturas en el Conjunto Urbano Nonoalco-Tlaltelolco.

El interesante estudio intitulado: *Gregorio López. El hombre celestial*, en el que dilucida la misteriosa vida y personalidad de este importantísimo personaje, de noble estirpe, emparentado con Felipe II. El dedicado a la *Beatificación*

del venerable *Sebastián de Aparicio*, que fue primero arriero, introdujo la carreta de bueyes en México en el siglo XVI y fundó los primeros hospedajes u hosterías habidas en nuestro territorio antes de ser fraile y cuyo cuerpo permanece incorrupto en el templo de San Francisco en la ciudad de Puebla. El ameno ensayo *Juárez y sus amigos*, que había publicado desde 1930 y del que hay una 2ª edición de 1940, muestra a un Juárez íntimo y menos impersonal del que estamos acostumbrados a conocer. Apartose con este libro de su tradicional trayectoria en el acopio de información pertinente acerca de la conquista y pacificación de diversas zonas del norte del país y a la obra llevada al cabo con los franciscanos.

En fin, desde 1949 en su semanaria colaboración en el diario "El Universal", dejó escrita una labor tesonera de muchos años, divulgando noticias, relaciones y papeles referentes a los franciscanos. A la inmensa obra de evangelización realizada por los incansables frailes por tierras desérticas pobladas de indios nómadas, hoscos y combativos del norte; a sus esfuerzos por establecer misiones como centros agropecuarios de irradiación comunal al tiempo que escuelas e iglesias en las que educar y cristianizar; a sus innumerables luchas y fatigas en contra de la adversidad, las rivalidades y la falta de comprensión a que toda obra de contenido de justicia humana se ve expuesta por las contingencias políticas, económicas y sociales entre las que se origina y desarrolla.

Ya antes, en 1933 y 1934, había seleccionado en sus libros: *Capítulos de Historia Franciscana*; *Establecimientos Franciscanos en el misterioso Reino de Nuevo México* y *Los Franciscanos en las Provincias Internas de Sonora y Ostimuri*, parte de la historia de la formidable obra social realizada por esos abnegados frailes. Con tanto celo están escritos, que tal pienso que el mismo Dr. Ocaranza hubiese hecho el voto franciscano, y es a ellos a los que se refería el filósofo Antonio Caso, diciendo "que el Dr. Ocaranza era más conocido como divulgador de las tareas del franciscanismo en México que como médico..."

CRÍTICA

Para la mayoría de los hombres existe la Historia sólo en cuanto ha adquirido forma de libro narrativo, como la música para la mayoría sólo se hace accesible cuando es ejecutada por un artista. Los hombres que con laboriosidad extraen de las fuentes históricas su saber son en número exíguo en nuestra patria. El Dr. Ocaranza perteneció a estos pocos. Poseyó la paciencia y la tenacidad indispensables al investigador de la Historia y en este campo fue un autodidacta.

No existían en México, cátedras, ni menos seminarios en donde se explicasen los métodos de la investigación documental, la crítica de las fuentes, la comprensión de la Historia y la interpretación de los acontecimientos históricos, pues esta clase de estudios se han implantado tardíamente en México, en los últimos vein-

ticinco años, con un retraso de varias décadas con respecto a otros países de éste y del Viejo Mundo, en donde los estudios humanísticos no han quedado tan a la zaga de los científicos o tecnológicos, como comunmente se piensa.

No es de extrañar en consecuencia, que las colecciones de documentos y otros escritos de carácter histórico del Dr. Ocaranza adolezcan de deficiencias técnicas y metodológicas que hoy repútanse como indispensables a toda labor seria de recopilación y de exposición histórica.

Las posibilidades de la interpretación de la Historia, son, como es natural, multiformes en grado mucho más considerable que las posibilidades de interpretación científica. Aunque se quisiera no se podría renunciar a la interpretación de los acontecimientos históricos. Por tanto, el historiador interpreta los hechos, las circunstancias, los personajes y según el resultado de esa interpretación produce una nueva historia, puesto que dirige su actividad como si le fuera conocido el sentido del devenir histórico. Se ve empujado por el sentido resultante de la Historia, es decir de la vida misma; por eso, es tan difícil llegar a ser historiador y no se puede pretender serlo en la actualidad, sin previamente poseer estudios y conocimientos de historiografía, metodología y filosofía de la historia, por lo menos.

No se ve la influencia del naturalismo en los trabajos históricos del Dr. Ocaranza como bien pudiera pensarse dada su dualidad de científico, esto es de médico y fisiólogo por una parte, y de hurgador del pasado, es decir, de historiador, por la otra.

Tampoco la influencia del positivismo, a pesar de que él recibió su instrucción a fines del siglo pasado —recordaré que se recibió al iniciarse este siglo— y menos aun la del método dialéctico preconizado por el marxismo-leninismo.

Sí se ve en ellos la huella del liberalismo. Él mismo dejó asentado en alguna de sus obras que era liberal y libre pensador.

Pos eso en toda su obra se ve el matiz del sentimiento liberal. Le interesan exclusivamente los derechos de libertad individual frente al Estado; el hondo respeto por la dignidad interna humana, y por la libertad que a esa dignidad corresponde. Concentra su atención en la idea de que el individuo ya no es el sujeto racional y geométrico del "siglo de las luces", sino que la individualidad viva, universal, moralmente bella, que aspira a liberarse de toda uniformidad es lo que da sentido a la existencia.

Esta actitud lo aparta de las actuales corrientes historiográficas que informan la comprensión y exposición del acontecer histórico.

Por otra parte, podemos situarlo entre aquellos que continuaron con la labor de la llamada "Escuela de Berkeley", iniciada por Eugenio E. Bolton en la pri-

mera década de este siglo, en el sentido de formar cuerpos documentales acerca de los vastos y ricos territorios del Sur, Suroeste y Sureste de los Estados Unidos, otrora nuestros, y de los Estados mexicanos que hoy día conforman la frontera.

He ahí señalado brevemente su principal mérito como investigador e historiador del pasado colonial mexicano y uno de los aspectos más interesantes de su polifacética personalidad de intelectual. ¿Cumplió su obra histórica con el ambicioso lema de la Academia que a la letra dice: *Nox Fugit Historiae lumen dum fulget iberis?*

Creo que sí, pues divulgó algo substancial del pensamiento, del espíritu y de la acción de la grandeza y originalidad de España, en la colonización de gran parte de nuestra patria.